

## Viajar no sirve de nada

Marta Portal

«¿Por qué México? ¿Esperaba encontrar allí lo que no había encontrado aquí?».

Estos interrogantes en las primeras páginas del Prólogo de *Caminos sin ley*<sup>1</sup>, no van a ser respondidos en las más de doscientas cincuenta páginas siguientes del libro de viajes de Graham Greene a México. Porque su viaje en millas y días estuvo «doblado» por el inconmensurable descenso al fondo de sí mismo. El viaje de Greene a México es una confesión laica –también practica varias canónicas–, una exposición de su sensibilidad íntima al mal, a la atmósfera de violencia que para él emana del mismo escudo mexicano, de los monumentos erigidos a muertes violentas, de los crímenes diarios que se leen en la prensa cada mañana, con la frase hecha: «acribillado a balazos», si se trata de políticos, o con procedimientos truculentos si son pasionales. «Quizá es sólo la altura –siete mil y pico pies–, pero después de pocos días, pocas personas escapan a la depresión en México».

Hay que tener en cuenta que el viaje lo realiza en 1938 (desde primeros de marzo de 1938 a finales de abril), apenas dos meses de recorrido. Y no solamente la persecución religiosa se mantiene en toda su dureza en los estados del sureste, Tabasco y Chiapas, sino que el 18 de marzo el presidente Cárdenas firmó el decreto de expropiación de las empresas petroleras, medida que afectaba a varias compañías inglesas, y que cuando la publicación de la medida y del mensaje presidencial lo alcanza en Las Casas promueve una atmósfera de hostilidad hacia su persona, «el gringo», concentrando en burlas e insultos el desahogo enconado hacia los antiguos pioneros del petróleo.

*Caminos sin ley* no es –o no es sólo– un libro de viajes, o una encuesta encargada a un brillante periodista sobre una situación conflictiva en un lejano país: es una indagación sobre la condición humana, como pudiera serlo cualquier novela de Malraux o de Conrad, una indagación que no se lleva a cabo por personaje de ficción interpuesto, sino por un agonista que

<sup>1</sup> *Graham Greene, The Lawless Roads, London, Penguin Books, 1981.*

a la vez es notario de la experiencia vivida en estos dos meses, dando fe de lo que ve y entiende, y que trata de discernir, en la tramoya goyesca de un México posrevolucionario, la oscuridad de la luz, el pecado del perdón, la solidaridad de la corrupción, el ideal de amor y salvación del catolicismo, de los ideales redentores del socialismo. Y es también el combate entre el narrador nato que es Greene y la ambigüedad y pluralidad de respuestas a que los temas remitían.

De ahí que la tipología de su discurso, «Travel», resulte cuando menos insuficiente. Insuficiente lo fue para el propio escritor que necesitó llenar las lagunas y avanzar en las respuestas con ayuda de la imaginación y la intuición creadoras, y dio a la historia literaria la figura trágica del sacerdote innombrado de *El poder y la gloria*, su obra maestra. Y el hecho de que no tenga nombre el protagonista para mí es un indicio de lo mucho que de Greene hay en el combate agónico del personaje entre su fe, su misión sacerdotal y su muerte sentenciada. Incluso el apodo, «Pater Whisky», podría aplicársele al escritor inglés, que en el trayecto que sigue en los *Caminos sin ley* trata sucesivamente de procurarse lecturas —preferentemente, de autores ingleses— y licor para sus noches. Y en varias ocasiones sueña o imagina la felicidad de sentarse en el bar del Hotel Regis, de la capital, y tomar un «Coca Cola High ball».

Las tres líneas dibujadas en la arena de la plaza de toros de San Luis Potosí, donde asiste a una pelea de gallos al poco de cruzar la frontera, le hacen pensar: la muerte es como el tenis. La música y los trajes charros, los grandes sombreros y todo el énfasis ambiental previo al espectáculo, le impacientan, «¿para qué tanta jactancia, tanta presunción? Es sólo una función natural: morimos como evacuamos. Creo que aquel día empecé a odiar a los mexicanos».

En esa transacción violenta a que el viaje y el paisaje lo emplazan, pasa de la pelea sanguinaria a la Bendición nocturna en la iglesia del Carmen, y se siente como yendo a casa, pues incluso las palabras latinas le son familiares, «Ora pro nobis». Al salir del templo, ve pequeños grupos de indígenas sentados al borde de las aceras en donde han desplegado sus servilletas y comen sus tortillas, «ellos llevan su casa consigo, para asentarse en cualquier parte». Lección de frugalidad que hoy, sesenta y seis años más tarde —en la era del desorbitado desperdicio consumista— se colma de sentido y actualidad.

La experiencia mexicana de Graham Greene, católico converso, repercute en su interior en mareas contrastantes: cuando al llegar a la habitación del hotel, del grifo no mana agua y se entera que el general rebelde, Cedi- llo, que domina la región, ha «secado» prácticamente el suministro para

regar los campos de su Hacienda en la Colina, se indigna: «Todo se repite aquí, incluso la sangre de los sacrificios aztecas; la edad de México aplasta como una nube»<sup>2</sup>. Pero apenas cuatro líneas adelante, en el siguiente párrafo, asistiendo a la misa de la catedral, y contemplando la mortificación y la fe con que los campesinos se postran, los brazos en cruz, o las mujeres atraviesan de rodillas el suelo de piedra de la nave hasta el altar, cree: «Estos son los pobladores del cielo; estos rostros envejecidos, padecidos, ignorantes, son la suprema bondad humana».

Es increíble, con la dificultad de medios de la época y el breve tiempo de su estancia, que no dejara de visitar o conocer los lugares más interesantes y los más cotidianos. Describe con precisión la anatomía urbanística de la Ciudad de México. Paseo de la Reforma, Cinco de Mayo, el Zócalo, Chapultepec, Palacio de Bellas Artes, la Alameda («en domingo es como una escena de un filme de René Clair», dice). Visitas al monasterio de Acolman, a las pirámides de Teotihuacán, en donde la eficacia estilística de Greene brilla en la descripción contrastada: las teorías arqueológicas que suponen que el número de peldaños y los metros de altura están en relación con el número de terrazas, le lleva a comentar: «La herejía no era aquí una aberración del sentir humano sino un error matemático». Y el error podía llevar al sacrificio o a la guerra. La muerte era importante porque resolvía una ecuación. «Algo tan inhumano como un problema de álgebra», concluye.

Interpreta sagazmente los murales de Rivera y Orozco. Del primero, ve *La Creación*, en la Secretaría de Educación, y descifra los símbolos literarios y religiosos que toma de «ambos mundos», el de la fe religiosa y el racionalista. En sus breves días en el «Defe» tiene tiempo de ir al cine. Ve una película de Fritz Lang y observa las reacciones del público. Va una noche a un cabaret, visita el Museo de Cera de la ciudad, con representaciones de los dos mundos también, las dos ideologías. El anticlericalismo —piensa— con frecuencia olvida la autocrítica; aquí, en cera, la figura de Trotsky —exiliado en México y asesinado en Coyoacán por orden de Stalin— vistiendo pantalón bombacho, corbatita rosa y chaqueta Norfolk, «una figura *shawiana*», apostilla.

Las visitas turísticas y la toma del pulso a la ciudad no le hacen olvidar el propósito primordial y acuciante de su viaje: la situación de la Iglesia bajo el rigor de una política laicista. En estos días, en la capital, la perse-

<sup>2</sup> Lawrence dijo algo parecido: «todo es una sola cosa... lo que hicieron los aztecas, lo que hizo Cortés, lo que Díaz hizo: una crueldad total». Apud Ronald G. Walker, *Paraíso infernal, México, F.C.E., 1984, p. 57.*

cución de fieles y ceremonias se ha ralentizado, y él asiste a misa el domingo. No obstante encuentra a un sacerdote, el Padre Q., a quien le parece temerario se haya dirigido a él por carta llamándole reverendo. Visita asimismo al obispo de Chiapas, «uno de los más peligrosos» y astutos de México, según el gobierno, un viejo de aspecto bondadoso, viviendo en la mayor simplicidad, «parecía un cura de pueblo, un tanto confuso ante mi genuflexión». No se permite la actividad de los sacerdotes en Chiapas, aunque algunas iglesias están abiertas para que el pueblo las utilice. Las Casas, comenta el obispo, es una «muy católica ciudad».

«Hay muchas iglesias, la de Santo Domingo, una de las más bellas de México...».

Hablaba de Chiapas con tal dulzura, como si de un país lejano se tratara al que nunca le sería ya posible volver. Y conmovió tanto al escritor que empezó a pensar en Las Casas, al sur, oculta entre las montañas, al final de un camino de mulas, como el objetivo real de su viaje y el principio del regreso a casa.

El descenso a los infiernos —del desagrado, de la desconfianza, de la desesperación— que vivió Greene en México tiene sus estaciones geográficas y anímicas. Es un descenso desde la meseta del Defe a la costa del Golfo de México y las ciudades de Veracruz y Frontera para, de Frontera, viajar por río hasta Villahermosa, capital del «Estado sin Dios», en Tabasco, y de allí a Salto de Agua, Yajalón y Las Casas, en Chiapas. El tren parte de México capital, bordeando el Tepeyac, el santuario de Guadalupe y los volcanes, invisibles ese día por las nubes. En Esperanza, el tren empieza a ascender hasta los ocho mil pies, avanzando la vía por el mismo borde de la meseta. La temperatura desciende, el aire se enrarece y el viajero siente una incómoda depresión, pero en las siguientes sesenta millas, el descenso de más de seis mil cuatrocientos pies, deslizándose en grandes curvas hacia un incipiente verano, promueve una sensación vigorizante y la optimista creencia de que: «después de todo este es un país donde se puede ser feliz». Un nuevo descenso y el escenario cambia: en Santa Rosa florecen grandes tulipanes rojos, rosas y magnolias en marzo, fresas y limones se venden en las sucesivas estaciones. Pero este paradisíaco verano adelantado esconde asimismo la serpiente de la discordia: al llegar a Orizaba los periódicos anuncian que el Banco de México ha suspendido los cambios de moneda extranjera (consecuencia de la crisis del petróleo). La noticia, escueta, tiene un colofón: el país permanece tranquilo. «Siniestra frase», anota Greene.

En el estado de Veracruz las iglesias están abiertas; el pueblo amotinado forzó al gobernador, pero hoy, 19 de marzo, festividad de San José, el viajero comprueba que las iglesias están vacías y parece existir una cierta

apatía religiosa. Esta apatía aparente, llegada la noche, se transforma en una procesión con el Santo en andas, cohetes, tortillas y celebración doméstica. Busca un confesor que sepa algo de inglés para confesarse; tal vez sea la última oportunidad antes del regreso. Es a través de un pobre clérigo, delgado, sin afeitar, con un muy precario inglés, que se le concede el perdón de los pecados y la paz, que además incluyen el valor y la paciencia, una especie de conspiración de felicidad en este viaje a la oscuridad<sup>3</sup> que son las últimas estaciones de su itinerario.

Cuarenta y dos horas en barco desde Veracruz al Puerto de Frontera, en Tabasco. El cónsul norteamericano y el guía intentan disuadirlo del viaje por las malas condiciones del *Ruiz Cano*<sup>4</sup>, una gabarra que en efecto cabecea horriblemente en la primera noche de travesía; si el viento fuera del norte habría peligro de hundimiento, recuerda haber escuchado en la aduana, pero no se preocupa ya, «es antes de cruzar una frontera cuando se tiene miedo». De todos modos, su decisión después de las advertencias poco favorables, es cuando menos caprichosa e inexplicable. ¿Por qué? se pregunta en la absoluta oscuridad del camarote compartido y maloliente: una curiosidad sombría y sin justificación aparente lo ha traído a la litera de esta barcaza. El calor apabullante que acoge a los viajeros en Frontera le recuerda Monrovia y las plantaciones de plátanos y las cabañas de palma en las orillas del río, así como los islotes de lilas silvestres flotantes en el agua le parecen «África mirándose en un espejo a través del Atlántico».

Villahermosa —once horas de río desde Frontera— recibe al viajero en plena oscuridad —la iluminación pública se apaga a las nueve y media de la noche—; en la plataforma que lleva del río de barro a la orilla de lodo del puerto; sólo las linternas eléctricas y las luciérnagas dejan entrever el rostro de un policía o un soldado que solmena su maleta esperando escuchar el sonido del cristal del licor de contrabando. Tabasco, el estado sin Dios, es también el estado puritano sin alcohol y sin luces nocturnas. La persecución religiosa aquí ha llegado a los más rigurosos extremos; todas las iglesias en ruinas, los sacerdotes perseguidos a muerte, los domicilios privados registrados en busca de emblemas o símbolos religiosos, encarcelados o multados quienes los posean. Sólo un sacerdote ha sobrevivido, escondido entre las selvas y los pantanos, en peligro constante, aventurándose únicamente de noche para tratar de asistir a los fieles, y pudiendo hacer tan poco...<sup>5</sup>

<sup>3</sup> *Voyage in the Dark*, subtitula Greene esta parte del libro.

<sup>4</sup> En la edición definitiva de Heinemann pueden verse fotografías del barco en el muelle de Frontera.

<sup>5</sup> Este sacerdote, cuya existencia sólo llega «de oídas» al conocimiento de Greene, es el modelo que inspirará la figura del protagonista de *El poder y la gloria*.